



# LA DIVINIZACIÓN DEL SER HUMANO

*Por Norma Novoa*

*“¿Cómo puede Dios, que es trascendente e inaccesible en su esencia, comunicar al hombre su gracia y, en particular, hacerlo participar de la deificación? Puesto que se puede participar en Dios y puesto que la esencia sobreesencial de Dios es absolutamente imparticipable, debe haber alguna cosa, entre la esencia imparticipable y los participantes, que les permita participar en Dios...”*

**E**sta *alguna cosa*, a la que hace referencia Palamas, es la energía divina, a la que compara con los rayos del sol que traen luz y calor sin ser el sol en su esencia, y que llamamos, sin embargo, sol. Esta energía es llamada *naturaleza increada de la luz divina*, actúa en el corazón, recreando en él la imagen de Dios y su semejanza. Por ese medio Dios se da al hombre sin dejar de ser trascendente a él. Esta naturaleza increada de

luz divina debe ser comprendida como deificación, es decir, la participación en la vida misma de Dios, donde el hombre es promovido a su procedencia divina y donde adquiere los dones deificadores del Espíritu Santo.

Palamas, afirma que para la formación de la sabiduría de Dios, y a través de ella, es necesaria la soteriología, palabra que etimológicamente quiere decir “salvación”, término al que Gregorio además, le imprime el sentido de “reconciliación”. ¿Cuál es el interés reconciliatorio de Palamas?, no es ni más ni menos que la recepción de la Gracia Divina. La verdadera vida espiritual es una vida sostenida y penetrada por la Gracia de Dios, y ¿en qué consiste la Gracia de Dios? Simplemente en Dios mismo. He aquí el aporte fundamental de Gregorio Palamas: la Gracia es Dios mismo, en Dios hay una fuerza de la que nosotros participamos, que es “Dios como Gracia” y, junto a ésta, una realidad de Dios, que permanece irrevelable, esto es “Dios como ser trascendente”. Es decir, Dios como energía y Dios como esencia.

Dios como energía actúa a manera de gracia deificante, a través de ella, hace que los ojos del alma vean la luminosidad de la naturaleza divina con la cual Dios entra en contacto con el espíritu. Sin embargo, a la deificación sólo la consigue la oración. Palamas advierte que no trata de una oración como hábito pasivo, sino como una acción conciente de todo el hombre.

La mente, de naturaleza material, con la oración ininterrumpida inmaterial, asciende hacia la luz más alta de todo, a la que es verdaderamente luz, a Dios Nuestro Señor y a su vez, la oración es contenida por la luz divina, ella transforma al hombre y lo vuelve como un ángel. Entonces la mente participa en la luminosidad de Dios de la cual es imagen, e irradia por sí sola el esplendor de la belleza de Dios, la luminosidad y la inaccesible aurora divina.

No existe cosa más necesaria para el hombre que el recuerdo de Dios, y este sólo es posible orando. Cuando la oración brota sincera del corazón, su primer efecto es la iluminación: *Cuando la inteligencia y el corazón están unidos en la oración, y los pensamientos del alma no están dispersos, el corazón se entibia con un calor espiritual y la luz del Señor resplandece en él, llenando de paz y de alegría al hombre interior.* La oración es un don místico, secreto y espiritual de Dios, que permanece incesantemente en el alma de aquel que dirige su mente hacia ella y adquiere así la posibilidad de unirse a Dios. Este don atrae por sí sólo a la mente digna de unirse a Dios y brota del santo regocijo.

La iluminación aportada por la oración del corazón viene sólo de la gracia: *Sólo la gracia divina posee en sí misma la facultad de comunicar la deificación a los seres de una manera analógica; entonces la naturaleza resplandece con una luz*

*sobrenatural y se encuentra transportada por encima de sus propios límites por una sobreabundancia de gloria.*

Pero la iluminación no se produce sin trabajo; a veces, sólo es dada al término de una prolongada espera, de un largo compromiso. Ello se debe a que el corazón es también el dominio de lo oscuro, de la ilusión. Es necesario forzar esa oscura ilusión por el verdadero arrepentimiento, a menudo por las “lágrimas”; es la “*gracia del enternecimiento*” que imprime en el interior una dulzura purificante: “*En la atmósfera del corazón, una vez purificado de los soplos de los espíritus malos, es imposible, se ha dicho, que no brille la luz divina del Señor. Siempre que no se hinche de orgullo, de vanidad y de presunción*” Esta iluminación del corazón procede de una acción del Espíritu Santo, que es luz.

Afirma Palamas: *el fin de la oración es el mismo que el de la existencia del hombre, por lo tanto orando el hombre realiza el fin por el cual existe. Por esto, pues, invoquemos incesantemente a Dios, para encontrarnos siempre con Él ininterrumpidamente.*

Gregorio Palamas insiste en que con la oración incesante se obtiene el recuerdo de Dios, que podría ser llamado “*la morada de Dios*”. La oración incesante hace que el hombre acepte a Dios y de este modo, consiga a Dios: *Es inconcebible cualquier aspecto de la vida espiritual, cualquier intento de acercarse a*

*Dios, sin la oración. Con la oración el hombre habla con Dios, con ella se vuelve su amigo, con ella se une a Él... No existe cosa más necesaria para el hombre que el recuerdo de Dios. Y no existe para el hombre nada más elevado, más profundo, más magnifico, que la oración.*

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---